

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 57

La no violencia

Por Gabriel Burgos Suárez

LA NO VIOLENCIA

Apuntes tomados de la conferencia dictada en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá en junio de 1964 por el señor Giuseppe Lanza del Vasto, discípulo del Mahatma Gandhi, a la cual tuve el privilegio de asistir.

Gabriel Burgos Suárez

El señor Lanza del Vasto inició su conferencia así:

Para una mejor comprensión de la filosofía de la “No Violencia” estudiaremos en esta conferencia cinco aspectos fundamentales de la misma:

- 1) La no violencia. Solución de los conflictos.
- 2) La no violencia. Fuerza de la justicia o de la verdad.
- 3) La no violencia. Palanca de la conversión.
- 4) La no violencia. El más bajo grado de caridad.
- 5) La no violencia. El más alto grado de caridad.

¿Cómo sabremos si somos no violentos? ¿Es el no violento un hombre pacífico, gentil, amable, dulce, noble, incapaz de hacer daño a un semejante? ¿O es mucho más que todo esto?

Para saber si somos no violentos necesitamos estar en un conflicto. Si no estamos en conflicto no sabremos como reaccionaríamos ante un conflicto. Estando en el conflicto, cabrían varias posibilidades de reacción ante la situación que se nos presenta:

- 1) Evitar el conflicto, ser neutrales, dejar la solución del conflicto a otros.
- 2) Devolver golpe por golpe, o mejor aún, devolver dos golpes por cada golpe recibido.
Pelear.
- 3) Huir.
- 4) Implorar perdón, capitular, aceptar las condiciones del más fuerte, aunque tengamos la razón. Aceptar esas condiciones a pesar de saber que no son las más justas.
- 5) La “No Violencia”, que excluye las cuatro posibilidades anteriores.

En muchas situaciones encontramos excusas para obrar violentamente. Estas excusas son la necesidad de imponer un castigo, la legítima defensa. La protección que debe el Estado al buen ciudadano, etc.

¿Quién nos muestra el camino de la no violencia? El mismo Evangelio. En él encontramos esta sentencia: «Si te golpean en una mejilla, pon la otra mejilla». Quien no obra así, como ordena el Evangelio, no es cristiano. Esta afirmación es una Verdad y debemos mantener esta Verdad a lo largo de todos los conflictos.

El no violento no evita el conflicto, ni devuelve golpe por golpe, ni huye, ni capitula. El no violento sabe que el enemigo se equivoca y allí está su fuerza, porque la justicia es para todos.

Y aquí entramos al segundo aspecto de la no violencia. Si mi causa es clara, debo usar la fuerza que resulta de esta claridad. Es la fuerza de la justicia. Si no existe la justicia, la causa está a merced de los violentos. Pero si soy defensor de la justicia mis medios tienen que ser impecables.

Los hombres son justos según lo que hacen. Si para defenderme del injusto me vuelvo injusto, me pongo a su nivel. Mi golpe respondiendo al suyo, justifica su golpe. En este caso ganará el más fuerte, su derecho es un “no derecho”.

Pero volvamos al hombre del Evangelio que pone la otra mejilla. Él dice: “Me has golpeado en una mejilla. Tú sabes que debes castigarme. Tú eres justo. Si tal eres, golpea en mi otra mejilla.” Aquí vemos que no se trata de aguantar pasivamente la injusticia. Si mi adversario es un ser humano, la justicia está en él, y mi fuerza está en despertar su espíritu de justicia. Él sabe que ha obrado injustamente. Si no le contesto el golpe lo dejo en una situación dudosa; pero si lo fuerzo a multiplicar su agravio, su delito, pongo carbones ardientes sobre su cabeza. Él notará que algo no marcha, que algo no cuaja, y se verá odioso ante sí mismo. Si esto logro la lucha está ganada.

Veamos esto con un ejemplo. El Rey David se enamora de una bella mujer, esposa de uno de sus valientes soldados. En su afán por hacerla suya envía a este fiel y valiente soldado al puesto de más peligro en el frente de batalla; allí él morirá y el Rey poseerá a su esposa. El Profeta conoce la vil acción del Rey David, va a donde éste y le dice: «Señor, había dos hombres en una ciudad de tu reino, el uno rico y el otro pobre. Tenía el rico ovejas y bueyes en grandísimo número. El pobre no tenía más que una ovejita que había comprado y criado y la quería como si fuera una hija suya. Mas habiendo llegado un huésped a casa del rico, no quiso éste tocar a sus ovejas, sino que quitó la ovejita al pobre para dar de comer al huésped que tenía en su casa.» Cuando esto oyó David, indignado contra aquel hombre, dijo al Profeta: «Vive Dios, que hombre que tal hizo es reo de muerte.» Dijo entonces el Profeta a David: «ese hombre eres tú.»

Aquí vemos por la respuesta de David, indignado por la conducta del hombre rico, que el espíritu de justicia funciona perfectamente en el injusto cuando se trata de juzgar a otro. El Profeta logró su objetivo. Obligando a David a juzgar a otro le hizo ver su odiosa conducta y juzgarse a sí mismo. David reconoció su error, se arrepintió de su falta e hizo penitencia.

El no violento es el que apunta a la conciencia del enemigo hasta lograr que éste se dé cuenta de la injusticia de su corazón y se convierta de hombre injusto en un hombre justo. Hemos llegado al tercer punto de nuestra conferencia: “la palanca de la conversión”.

El no violento es el que no quiere lograr su meta sin el consentimiento del adversario. Rehusará todo lo que venga bajo otras condiciones hasta que el enemigo mismo haya descubierto la solución. Y si esto se logra, significa que el enemigo es justo.

* * * * *

LA NO VIOLENCIA

Folleto teosófico colombiano #57

Ya hemos visto el procedimiento de la no violencia. Pero para usar la no violencia habrá que estar en posesión de la Verdad. La Verdad no es posesión de ninguno. Podemos equivocarnos. Antes de emplear la no violencia hay que meditar sobre la justicia de nuestra causa. La no violencia no da necesariamente la razón a quien la usa. Da razón a la razón.

En la no violencia buscamos la conversión de nuestro enemigo. ¿Y qué es esto? Conversión es este vuelco, este trastorno, este despertar del espíritu en un hombre.

* * * * *

Llegamos aquí a los puntos 4º y 5º de la no violencia. El más bajo y el más alto grado de caridad. Desde el momento en que descubrimos que nuestro enemigo se equivoca, nuestro deber para con él está fijado. Al quitarle su error, su mal, su enemistad, le hago bien a él y me hago bien a mí mismo. Al reconocer la injusticia en él y la Verdad en mí, me pongo en una situación de superioridad, de padre a hijo, de maestro a alumno, de superior a inferior. Mi deber es sacar a este hombre del estado de error en que está. Todos mis argumentos y acciones deben buscar que él encuentre la verdad del asunto. Es un acto de caridad y por eso no puedo ser neutral. Me agarro a él y no lo dejo hasta que el conflicto esté resuelto, hasta que él esté curado.

